

Vicente Mengod

## Escenas del recuerdo



EN los ángulos de la gran ciudad se dibujan, en profusión rampas frenéticas que desembocan en plazoletas de niño. Fuentecillas de pueblo dicen su canción en tazones renacentistas. La luz y el color se impregnan de todas las vibraciones. Y a veces el sol desgarrá cauteloso, en su hora meridiana, el manto de niebla urdido en los recodos de la cinta ondulante del río que, en abrazo exacto, ciñe los extremos del conglomerado humano.

El Barrio Latino, de vieja raigambre histórica, en el que se agolpa la vida estudiantil de empaque cosmopolita, verifica el declinar de su propia vida. El bullir de colmena que en otros tiempos corrió desde las callejas mínimas de la «Isla» hasta el Boulevard San Miguel ha dejado de existir con aquella su fuerza emotiva que hizo posible la inspiración de los poetas para llevar a sus obras, hecha poesía, la solera del Barrio Latino.

Nada ha cambiado la topografía del cuadro. El escenario es el mismo, pero los actores que lo animan son otros. Se verificó el desplazamiento hacia otros lugares y los huecos se llenaron con elementos ajenos a la profesión estudiantil. Breves horas recobra el Barrio el aspecto afanoso, tejido por la tradición. Luego, cede el ambiente, antes perenne, y adquiere matices que le son ajenos. A través de estos cambios, como atalayas, levantan su fría arquitectura el Colegio de Francia y la Sorbona, con sus eternas rivalidades de orden científico, y el Panteón de Hombres ilustres. Sólo los retoques preciosistas del Luxemburgo y la cinta espejeante del Sena abordan el contraste y rompen la monotonía.

\* \* \*

En el Café Vienés se habían dado cita los más distinguidos homosexuales. Distribuidos con inteligencia dominaban los cuatro ángulos del reducido salón. En el centro discutían acaloradamente un grupo de estudiantes. Cuando Andrés y Luis hicieron su aparición un recibimiento unánime quiso aprisionarlos.

—Me disgusta el ambiente, dijo Andrés.

—¿Por tus amigos o por los invertidos?

—No sé. Pero creo que ambas cosas contribuyen a que me desagrade. Prefería otro lugar más tranquilo.

—Realmente eres un hombre difícil, repuso Luis mientras aceptaba el lugar que el mozo le ofrecía en

una mesa ocupada por un hombrecillo que soñaba en el esplendor de su cabellera ausente.

—No me parece correcto el sistema que utiliza el mozo, insinuó Andrés. Siempre el mismo afán de que la gente se reuna a la fuerza.

—Si te molesta el viejo, le diremos que se marche. Aunque me parece que no nos haría caso. Es uno de los hombres más pesados que conozco.

—¿Quién es?

—Pierre Janet, uno de los más inteligentes reaccionarios de Francia. ¿No has oído hablar de él?

—La política no me interesa. Además, nunca me he planteado el esfuerzo de comprender lo que en nuestros días significa la palabra reacción.

—No me extraña porque conozco tus limitaciones, repuso Luis. Pero no debes olvidar que Janet no es un político. ¡Lástima que no sepas que vamos a tener el honor de sentarnos frente al creador del psicoanálisis!

—No creo que ese hombrecillo sea Segismundo Freud.

—Tienes razón. No es el famoso médico vienés; pero es el profesor a quien Freud ha saqueado sin escrúpulos.

—No te comprendo argumentó, Andrés.

—Me comprenderías si tu facultad de aprender fuese como la mía; universal y callejera.

Se aproximaron a la mesa. El profesor se levantó como lanzado por los resortes de su reloj. En su cere-

bro anotó la hora y se afianzó los lentes con una rapidez desconcertante. Luis aprovechó el momento de pausa para saludarlo con suficiencia:

—¡Adiós, maestro!

El profesor no respondió, limitándose a dibujar un ademán de aprobación. De pronto, con agilidad, levantó la mano extendida hasta la altura de la cabeza, fijando los ojos de Luis en sus cinco dedos nerviosos.

Andrés tuvo un gesto inconsciente. Con el puño cerrado contestó al saludo.

—¡Son Uds. unos imbéciles!, dijo el psicólogo.

—Como puedes ver, agregó Luis, es un hombre inteligente: Su requiebro es el de un fracasado moral. Sin embargo, nos conoció en seguida.

—Me parece, Luis, que hoy te expresas como lo haría un soñador o un idiota:

Sobre un estrado, suspendido en uno de los rincones por tirantes metálicos, cuatro músicos se hallaban ocupados en desenfundar sus instrumentos. Como una exhalación, llegó hasta ellos su director, pianista espiritualizado en un alarde de biológica finura y elasticidad. Mozart y Litz, Berlioz y Wagner le hacían vivir en continuo sobresalto dede sus reposos de ultratumba.

No tuvo tiempo de saludar a sus compañeros. Su esposa había sido la causa que le obligó a retrasarse ¡Malditas las tardes en que debía acompañarla a lo largo de los boulevares, consultando precios, comprobando calidades para terminar, acalorados, en una pro!

testa de carestía! La culpa era de las autoridades, de los ministros que sólo se preocupaban de la sintaxis de sus discursos; tal vez del mismo Presidente de la República, siempre superexcitado en sus raptos de acuosa y lacrimal emoción. También al dueño del café le llegaban partículas de indignación. ¡Maldito fenicio! ¡Obligarle a consumir su sistema nervioso durante ocho horas diarias por un mísero salario! ¿Y el arte? ¿Y los clásicos?

Con energía pulsó una de las teclas. El recinto estalló en vibraciones. Los músicos, sorprendidos, requirieron sus instrumentos con furia. Un galope infernal sacudió el estrado. «La flauta mágica» de Mozart danzaba en una algarabía de lamentos y de suavidades diletanti.

Andrés permaneció en silencio, entretenido y deslumbrado por el exceso de claridad. El humo de los cigarrillos creaba en el ambiente una vaga sensación de profundidad. Los aromas quedaban suspensos en remolinos circulars. La orquesta ahogaba sus voces en el contrapunto cristalino y opaco de las tazas y copas.

—Bebamos, dijo Luis.

—Sí, bebamos. Siempre será preferible a seguir pensando en tu admirado Pierre Janet.

—Creo que estás en un error. Mi sistema es el de no adorar a nadie. Ahora bien, si las circunstancias me obligan, me resigno a enterarme de lo que pasa a mi alrededor. Me gusta vivir en la realidad, por eso

actúo cuando estoy convencido de que la acción es la única salida aceptable.

—Me parece que tu sistema no es original.

—Posiblemente, asintió Luis. Sin embargo, con mi voluntad luché para que mi vida se afirmara en los minutos recién nacidos. El recuerdo vale bien poco cuando se tiene incierto el porvenir.

—Por eso cultivas la facilidad de olvido.

—Sí, lo cultivo deliberadamente. Y he llegado a dominarlo a mi antojo después de esfuerzos sobrehumanos. Es una forma de estar alegre. El recuerdo sólo consigue presentarnos la imagen de la tristeza.

—Exageras. Parece ser que tu vida anterior sólo ha conocido momentos difíciles. Siempre he creído en tu felicidad...

—Esa es la imagen que se forman quienes, como tú, viven de imaginación. Pero la realidad, Andrés, es bien distinta. Recuerdo bien aquel día en que tuve la desgracia de conocerte. Acababas de llegar de tu país y dabas la sensación del hombre desorientado, incapaz de conducirse con independencia.

—Y entonces apareció Josefina, subrayó irónico Andrés.

—Y aparecí yo, por casualidad. En un principio me diste rabia. Pensé en el rival sin inteligencia para medir los riesgos de su aventura. Pero fui hombre práctico.

—Me dejaste libre el camino.

—La frase me parece brutal. Entre las dos amista-

des, la de Josefina y la tuya, opté por la segunda. Había en ti algo extraordinario que me sedujo. Tu frente, tu andar, tu olor de hombre, incluso.

Andrés quiso hablar, pero Luis, rápido, le interrumpió:

—No te extrañen mis confesiones. Borra de tu pensamiento todo lo que no sea limpio. Aunque los comprendo, no me seduce el amor de los efebos.

—En fin, intervino Andrés, si es cierto lo que me dices me veré en la necesidad de agradecerte los días de amor que me brindó Josefina.

—El amor no se agradece. Se vive y se dignifica gozándolo como hombre. Es mi teoría y la de las mujeres equilibradas. ¡Ojalá que alguna mujer sea capaz de recordarte en tu calidad de hombre, si no has sido capaz de hacerte querer como amigo.

Andrés, en una defensa de huída, no se atrevió a contestar a Luis. Se refugió en el clamor de las últimas palabras para reconstruir sus recuerdos. Sabía que nunca quiso plantearse el problema de ordenar los antecedentes que poseía sobre Josefina. Recordaba únicamente que sus manos eran finas y elegantes. Posiblemente tuviera 18 años, cristalizados en una figura esbelta de cabos finos. La llama del cariño era inevitable.

La posición de Josefina era bien distinta. Llegada desde un rincón provinciano, huyendo de la monotonía y limitación, vivía en la capital, dispuesta a resolver todos sus problemas, aunque para ello fuera preciso

darles un contenido sentimental, inesperado, sin elección. Por eso, cuando conoció los primeros destellos de la admiración que provocaba pensó inmediatamente en las proyecciones íntimas que una simple amistad pudiera hacer aflorar mediante una espera calculada e inteligente.

Transcurrieron los días. Hasta que Andrés creyó llegado el momento realizar una de sus sinceras experiencias de tipo emocional. Empeñarse en amar a una muchacha podría ser para él la equivalencia de una manera de comprobar su falta de voluntad. Procedimiento cómodo, y sin riesgo inmediato, de analizar su personalidad, inestable y sin contornos definidos, a pesar de sus esfuerzos.

Muchas veces se había preguntado a sí mismo tratando de obtener su imagen real. Las líneas claras de una conducta no las poseía. La raíz de sus gustos y preferencias se perdía en una confluencia lamentable. Nunca había tenido la energía suficiente para defender una opinión. Cualquier choque inesperado era suficiente para que sus espíritus fluctuase entre la insatisfacción y la neurastenia.

Como resultado de una disciplina intelectual poseía un extenso vocabulario filosófico que en vano trataba de incorporar a sus actos, deseando hallar los nexos necesarios entre los grandes hallazgos de la historia del espíritu y su manera especial de reaccionar ante los cambios de la vida diaria. El resultado era siempre el mismo: insatisfacción e inseguridad. Interpretar la vi-

da y valorarla de alguna manera concreta era una exigencia sin demora. Su temperamento le aconsejaba la entrega a la amistad como punto de experiencia. Pero siempre había encontrado los mismos obstáculos. Limitación y prejuicios, falta de amplitud y de verdadera solidaridad, acaso producidos por su propia culpa.

Josefina podría significarle, pues, amable recurso de ensayo. Encerrarse en su propia persona o en la intimidad de la cultura o de unos libros eran, al fin de cuentas, fórmulas de negar la vida, tal como él la imaginaba. Sólo el amor se le presentaba como sendero de fácil tránsito por las zonas de la afirmación vital. Sin embargo, cuando llegó el momento de una decisión radical, Andrés volvió a darse cuenta que su personalidad era un mecanismo de cartón sin consistencia alguna. Se atrincheró en las defensas del menor esfuerzo. Y su impulso amoroso quedó reducido a los deliquios de sentirse acosado por el cálculo de un corazón femenino y por las vibraciones sentimentales de un problema biológico, hecho sexo, en la frente soñadora de una mujer hermosa.

Luis, ensimismado, fumaba sin descanso. Adivinando los pensamientos de su amigo quiso incorporarse a ellos desde las fronteras de su intimidad. La imagen de Josefina la llevaba dentro del coche. En su retina danzaba una viñeta de espanto difuminada en largos días de espera. Recordaba ahora una de las tardes en que vivió absorbido por Josefina. El movimiento de la ciudad los había llevado hasta el rincón solitario de un

café. Josefina rechazó la invitación. Luis, al besarla, le descubrió unas profundas orejas.

—Debemos casarnos en seguida. El otoño tarda en llegar, suplicó la mujer con un escalofrío.

—Es necesario esperar.

—No puedo más. En mi casa todos me espían. Me moriría de vergüenza si mis amigas llegasen a darse cuenta.

—¿De qué?, preguntó Luis, deslumbrado.

—¿De qué ha de ser!

Luis había empezado a darle vueltas a la corbata. El nudo parecía dispuesto a estrangularle.

No había más remedio que volver a pensar en las proposiciones económicas de su futuro suegro. Maldedir el dinero era tanto como renegar de la libertad. El dinero no es nada en sí mismo. Su potencia es puramente simbólica. Pero también era un símbolo la circunferencia abdominal de la muchacha. En un segundo la vió crecer, hincharse hasta elevarse flotando por el recinto. Y después, estallar como un globo de mil colores dejando suspensos en el catre dos angelillos, inmovilizados en un milagro. Maquinalmente se llevó las manos al bolsillo. Sacó unas monedas y las depositó sobre la mesa. El mozo las recogió conmovido.

—No cabe duda que he debido ser espléndido, se había dicho mientras que en su cerebro iba dando forma a ideas fundamentales para él: el paganismo, que todo lo sabía y comprendía, supo abrir, mediante una lluvia de oro, las piernas vencidas de Danae.

—¿En qué piensas, le preguntó Josefina?

—No sé. Tal vez en tu padre.

—¿En mi padre?

—O en Júpiter. ¡Qué más da!

Cuando se separaron, Josefina no había podido comprender a su amado. Pero como un reproche se decía: ¡Es dura la misión de la mujer hermosa, de la mujer graciosa y fácil!

Andrés se decidió a reanudar la conversación, tendiendo el puente de una pregunta estúpida.

—¿Y has pensado en organizar tu vida?

—No, contestó Luis. De momento sólo me preocupa una fecha; la de mañana. En casa de unos amigos se celebra un bautizo.

—¿Niño o niña? insinuó Andrés con cierta ironía.

—No sé. Pero desearía que su sexo fuera bien definido. ¡Bastantes hermafroditas hay en el mundo! Te invito a que me acompañes.

—¡Para qué! Además no sabría qué hacer ni qué decir.

—No te preocupes mucho. Ni siquiera tendrás necesidad de ver al infante. Únicamente no debes olvidar de repetir a cuantas personas encuentres que el niño se parece al padre. Es una costumbre muy humana y gran recurso para la simpatía. Al fin de cuentas, ¿qué importan las facciones de un recién nacido? Lo interesante sería, como dijo un humorista, que cada uno de nosotros pudiese tener dos madres. ¿Te imaginas la poesía de una maternidad asociada? Lo otro es

natural y rutinario. Por el contrario, proceder de una paternidad fraccionada es posible y bastante frecuente, al menos en los proyectos y en la emoción.

—Mejor será que nos marchemos, aconsejó Andrés. Veo que empiezas a decir barbaridades.

—¡Cómo se ve que tus libros te han dado una imagen arbitraria del mundo! Desconoces algunos casos estupendos. Insisto en mi invitación. Tendré el gusto de presentarte a mi prima Rosa.

—¿Soltera?, preguntó Andrés.

—No; casada y madre de tres muchachos. Su caso es bien interesante, a pesar de su vulgaridad. Desde muy joven quedó prendida en las redes del misticismo. Próxima a encerrar su juventud en un convento conoció los dolores de su hermana, su vientre florecido en una temprana maternidad. Mi prima Rosa humanizó sus sueños. Y de los angelillos incorpóreos descendió a las insinuaciones del sexo. Se casó, y en los exabruptos de su esposo aprendió a imaginar las veleidades y los raptos de ira de los dioses de carne y hueso.

Andrés le interrumpió:

—Es tarde. No sigas. ¿Nos despedimos?

—¡Cómo quieras!, dijo Luis. Pero antes aplaudamos a los músicos.

—Si es que los admiras, no tengo inconveniente.

—Sólo los estúpidos no se admiran de nada.

—Me parece, terminó Andrés, que lo único que siempre nos encanta es la estupidez ajena.

—Ahí tienes la razón de que el mundo sea un lu-

gar de encantamiento en donde se cultiva la santa admiración, como dijo un filósofo.

—¿Quién fué ese hombre?

—Posiblemente ninguna de las damiselas que circundan este local, contestó Luis mientras giraba sobre sus talones en dirección a la puerta.

En la calle, unas ramas florecidas, ostentaban la gallardía evanescente de una tardía primavera.

\* \* \*

Andrés no pudo aceptar la invitación que le hubiera llevado a conocer a la heroína de uno de los más estupendos amores. Por la mañana, sobre su mesa de trabajo halló una carta.

Desde luego, pensó no hacer caso de las líneas que acababa de leer. Salió a la calle dispuesto a ir de un sitio para otro sin fijar la atención en nada. Sin saber cómo llegó a la fachada principal del Museo del Louvre. El sol rebotaba en sus piedras la luz meridiana. Un viejo, en el centro de la explanada frontal, imitaba gestos de espantapájaros, envuelto en una nube de palomas. Andrés avanzó a lo largo del patio. Las palomas levantaron el vuelo con estrépito de alas para ir a posarse, no muy lejos, ufanas y andadoras, arrulladas por el caracoleo de los machos.

Entró en el Museo. Las salas, casi desiertas, eran como una caja de resonancia para el andar medroso de algún visitante extraviado. En el pabellón de entrada,

los cicrones charlaban con unos guardianes, viejo héroe, de impulsos bélicos fracasados e inéditos. Se decía que un casco perdido de metralla le había seccionado el brazo derecho cuando, en la retaguardia, se hallaba entretenido en el menester de liar un cigarrillo. Una cruz de plata y una cintita roja pusieron dos notas de heroísmo en su pecho y en la solapa de todas sus chaquetas.

Los hombres no se dieron cuenta de la presencia de Andrés. Cruzó varias salas y fué a buscar reposo en uno de los bancos frente a la mirada inquisitiva de la Gioconda. Un silencio absoluto discurría por todas las dependencias. Sólo un ligero rumor parecía llegar de lejos como un mensaje.

La Venus de Milo, aprovechando la quietud de las horas estivales, buscaba afanosa la mirada incierta de algún fauno de carnes marmóreas. Pablo Rubens, seguido de una corte de embajadores, observaba preocupado la rotundidad carnal de sus mujeres desnudas, exuberantes al reflejo de un atardecer artificioso. Los toros asirios brindaban a la cabeza de la Dama de Elche verónicas y muertes de lucha en los pastizales dorados de las llanuras de Mesopotamia, bajo un cielo alto y transparente. Las cariátides friccionaban sus cuellos de alabastros, mientras que los santos y los ángeles de Murillo jugaban con los gatos nerviosos y con las suaves ovejas de algún pastorcillo. Las esmeraldas y los diamantes imaginaban collares de luz prendidos en cuellos de terciopelo. Y las princesitas de Watteau,

bajo la mirada tutelar de una Diana cazadora, buscaban blancos guerreros para su escopeta, dirigida hacia las nubes blancas de un paisaje de Corot.

Un estruendo sacudió el desvanecimiento de Andrés. Recordaba sus conversaciones con Luis, cuando su atención se dirigió hacia las manos de la Gioconda. Sus ojos fueron recorriendo el busto de la gentil Mona Lisa. Deliberadamente evitó mirarla de frente: Se levantó buscando la salida a la calle. Sin darse cuenta tropezó con unos guardianes.

—Perdón, caballero, dijo Andrés.

—Debe tener mucho cuidado si visita el Museo en horas de afluencia, contestó el hombre.

—Gracias por la advertencia.

—Y sobre todo, procure dominar el sueño, agregó el guardián.

—Repito mi agradecimiento, señor.

—¡Es bonita la Gioconda, eh...!

—Interesante e imbécil al mismo tiempo, fué la respuesta.

Debe estar loco, pensó el hombre, mientras continuaba su ronda. Respiró profundamente, asegurando que el visitante solitario no era ninguno de los posibles ladrones que, periódicamente, establecen su renombre como enamorados de la obra genial de Leonardo de Vinci.

En la puerta de salida, un cicerone entretenía sus ocios haciendo oscilar rápidamente las barreras giratorias. En los labios le brillaba una huella de silencio.

Ya en la calle, Andrés llegó hasta los pretiles del Sena. Los bouquinistas exhibían viejos libros en tersas vestiduras de celofán. La Isla de San Luis, anclada en márgenes de cristal, ponía, a lo lejos, un misterio gris de distancia.

\* \* \*

Y las horas fueron transcurriendo. Andar y andar, siempre con la noche auestas.

Andrés se detuvo frente a una cartelera de espectáculos para leer los últimos estrenos de la Comedia Francesa. Un coche lo deslumbró con sus faros. Una voz de mujer pronunció su nombre, invitándole a instalarse junto a ella. Obedeció maquinalmente mientras la dama repetía una dirección al chófer.

Andrés conservaba, estilizado en imagen, el frenesí de la baronesa Duval. Ahora, a su lado, rodando sobre el asfalto de las calles, se complacía en recordar su primera sensación de conocimiento. La conoció en casa de Luis, en torno a una mesa de algarabías. Frente a la baronesa un sacerdote, observando los trazos de un lápiz rojo sobre los labios, llegó a soñar en mensajes de erotismo.

—Le he seguido, pensando en su cansancio, dijo la baronesa. Si Ud. me lo permite, este mismo coche puede llevarle a su casa, siempre que consienta en duplicar su recorrido. Vivo cerca de aquí y me interesa volver pronto.

Andrés se encogió de hombros, manifestando así su conformidad. El coche aceleró su marcha cruzando las plazas casi desiertas. La colina de Montmartre escondía su vida en los sótanos de los cafés nocturnos. Llegaron frente a un palacete totalmente obscurecido. La baronesa dijo con voz temblorosa:

—Le agradezco su amabilidad. No me atrevo a rogarle que se detenga unos minutos en mi casa. El coche está a su disposición.

Andrés, sin pronunciar una palabra, tomó a la mujer del brazo y descendió del coche.

—Prefiero continuar paseando. Puede Ud. despedir a su chófer. La baronesa obedeció pronunciando una orden. Andrés tomó la iniciativa y decididamente llegó hasta la entrada del jardín. —Entremos, dijo. Me tiene a su disposición.

La baronesa sacó de su bolso una llavecita y con ella fué abriendo varias puertas. Llegaron a un vestíbulo, cortado por una escalerilla. Andrés iba a decir algunas palabras cuando la mano de la mujer le cerró los labios.

—Por favor, sea Ud. discreto. El ama de llaves duerme cerca de aquí y podría oírnos. Ni siquiera me atrevo a encender la luz. Subamos sin hacer ruido.

El final de la escalera se prolongaba en un estrecho corredor, terminado en una pequeña habitación de planta exagonal abierta a las profundidades del jardín.

—Le parecerá cómico; pero tengo miedo en mi pro-

pia casa. Sobre todo me sobresalta pensar que alguien haya podido darse cuenta de nuestra llegada.

Andrés abrió uno de los balcones. De nuevo la mujer se estremeció.

—Ruego que me perdone, Andrés. No sé por qué me atreví a invitarle a entrar. Le parecerá ridículo mi nerviosismo; pero no tengo más remedio que evitar cualquier escándalo. El ama de llaves es la única persona que vive conmigo.

—¿Y su esposo?, preguntó Andrés.

—Viaja continuamente.

—¿Los negocios, tal vez?

—Sí, los negocios y el recurso que nos permite vivir alejados.

—En ese caso no comprendo sus precauciones. Además, me parece absurdo que Ud. haya de estar sometida a la vigilancia de sus sirvientes.

—No se trata de sumisiones de ninguna clase, repuso la baronesa, sino de habilidad y discreción. No creo que a nadie le pueda interesar saber que yo recibo a mis amigos, en la madrugada.

—En fin, indicó Andrés, creo que no debo insistir. No deja de tener encanto la suave penumbra de esta habitación. ¿Su dormitorio, tal vez?

La baronesa no respondió. Prendió una luz, disimulando su resplandor con un libro abierto. Cuidadosamente se desprendió de los guantes. Andrés le ofreció la única silla, que se volcó con estrépito. La mujer se apresuró a recogerla, pero sus manos se juntaron con

las de Andrés en un mismo ademán. En el corredor se oyó un crujir de pasos. La baronesa palideció. Apretándose al brazo protector. De un salto apagó la luz manteniendo la respiración. Detrás de la puerta se adivinaba la presencia de una persona. Después, el rumor fué alejándose hasta perderse en la escalera.

Andrés se dirigió al balcón en espera de algo extraordinario. Dos sombras cruzaron el jardín para ir a perderse en el sendero. Llamó a la baronesa, que alcanzó a reconocer la silueta de su ama de llaves.

—Pero es intolerable, dijo Andrés. ¿A dónde conduce ese camino por donde han desaparecido?

—Al pabellón que ocupa mi esposo durante los pocos días que permanece en casa.

—¿Guarda allí algunos objetos de valor?

—Ninguno, fué la respuesta.

Las dos figuras aparecieron de nuevo. Con despreocupación llegaron hasta una explanada en donde la claridad era completa.

—¿Quiénes son?, preguntó Andrés.

—El ama de llaves y un hombre a quien no conozco.

Si Ud. me lo permite, saldré a esperarles a la calle. Puedo llegar antes que ellos.

—¡Nuncal, contestó la baronesa. Es necesario a toda costa que nadie sepa su presencia en mi casa.

—La situación es divertida. La dueña de casa asiste impasible a los sucesos más raros.

—Sé que tiene Ud. razón, pero me es imposible hacer otra cosa.

—Entonces no hablemos más ¡Que sigan actuando sus invitados! Entre tanto, nosotros a guardar silencio y a conservar la más completa obscuridad

Andrés volvió a sentarse, esta vez en el borde de un mueble.

—Lamento tener que obligarle a pasar la noche en esta habitación. Mañana, es decir dentro de unas horas, decidiremos la forma más correcta para que salga sin despertar sospechas.

—¡Estupendo!, respondió Andrés.

—Es Ud. poco amable. Parece divertirse torturándome. No puedo pregonar mis ligerezas. Aunque vivo separada de mi esposo no debo arriesgarme. En mi caso, todo es posible siempre que la discreción le dé aspecto de normalidad.

La puerta de la habitación se estremeció. La voz de una mujer pronunció el nombre de la baronesa. Andrés se ocultó en la obscuridad de un ángulo. A través del muro se desarrolló un diálogo.

—Estaba inquieta pensando en la tardanza de la señora, dijo el ama de llaves.

—Llegué bastante temprano, repuso la baronesa. No quise molestarla y entré sin hacer ruido. Me acosté en seguida y sólo ahora me han despertado sus golpes.

—¿Desea mis servicios la señora?

—Ahora ninguno. Deseo seguir durmiendo. ¡Hasta mañana!

La baronesa se había recostado en la cama para obtener los efectos deseados. Andrés se aproximó a ella y la observó en silencio. La mujer, con los ojos entornados, le tendió los brazos.

\* \* \*

En el jardín, los abejorros giraban sobre las flores. Los arbolillos giraban en su propia sombra. En el estanque las ranas saltaban con un estrépito de superficies rotas.

La baronesa Duval se miró en un espejo y asoció la mirada de Andrés a los días, todavía no perdidos, de su juventud. Cerró los ojos huyendo de la posible presencia de su esposo para refugiarse en un sueño voluntario. Sintió como un rumor que le brotaba de la cintura y pensó que le nacía un hijo. En su desvanecimiento, lo sentía pesado entre sus brazos, acariciándole los senos, recibéndolos en la breve palma de sus manos.

En el jardín una bandera de hojas ondeaba sobre el estanque. La voz de Andrés rondaba entre las copas de los árboles.